

## LAS OPORTUNIDADES

Una niebla espesa, como de cristal blindado, confiere un ambiente fantasmagórico al paisaje urbano que contempla a través de la ventana abierta. Los edificios, casi bocetos mal terminados de ellos mismos, las calles vacías y también desdibujadas, se desvanecen mientras simulan bailar entre la bruma; incluso las luces del árbol de navidad de la Plaza de la Iglesia parecieran titilar sobradas de pereza..., casi contagiadas de la misma desgana con la que la mayoría de los habitantes del lugar afrontan esta navidad inusualmente extraña. Pandémica.

Cierra, pues, la ventana, justo antes de que la niebla inunde o se incruste en su habitación, su ropa, sus huesos; y la poca luz que entra por los postigos entornados ofrece una visión triste y amortiguada de un entorno que se mitiga, solo un poco, cuando por fin se decide a encender la pantalla del ordenador de sobremesa. Hace tiempo que ha dejado de utilizarlo para algo más que no sea escuchar un poco de música o entretener las tardes con alguna peli o serie de moda. Pero hoy, por fin se ha decidido a encenderlo para hacer algo diferente.

Sí, hace demasiado tiempo —piensa— que no se sienta frente a la pantalla para escribir. Abandonó esa afición cuando se cansó (o tal vez se aburrió) de redactar largas parrafadas sobre aquello que consideraba importante, imprescindible... Por eso escribía largas cartas de AMOR con mayúsculas que jamás encontraban dirección de envío y que siempre terminaban perdidas dentro de una carpeta, dentro de otra, y otra más..., en el fondo de un archivo oculto en lo más recóndito de una memoria virtual sin duda mucho más longeva que la suya. Porque el amor (por fin con minúsculas), ya lo ha decidido, no es más que una entelequia con obsolescencia programada. El amor no puede, no debe, señalar a nada ni a

nadie; porque un amor con destino y acuse de recibo es un amor egoísta y, desde ese preciso instante en que exige más de lo que da, haremos bien en obviarlo o, al menos, llamarlo de otra forma.

Hay (o debe haber), por tanto, otros temas más concretos y mundanos (tal vez menos dolorosos) sobre los que es mejor llenar páginas y páginas con largas peroratas que a modo de catarsis le sirvan para situarse en este tiempo concreto. Extraño.

Pero escribir sobre virus y pandemias no es plato de fácil digestión, y a bien seguro que acabaría haciéndolo mal queriendo hacerlo bien. Y si se atreviese a escribir sobre la naturaleza amenazada, o los perros, o los gatos (y por qué no los delfines) o la condición humana, o la amistad (sucedáneo menos exigente que el amor), o sobre los enemigos encarnados en políticos y empresarios poderosos que se empeñan en regir nuestro destino, lo más probable es que acabaría haciéndolo mal queriendo hacerlo mal. Para alcanzar el poder hay que estar dispuesto a perderlo todo, aun el poder mismo; y la escritura es un arma poderosa, pues con ella, incluso, se puede traicionar a la clase social, política o religiosa a la que se pertenece. Escribiendo puede uno imaginar que tiene todo lo que siempre ha deseado. Y eso, a veces, es peligroso.

De nuevo asomado a la ventana, el humo de su enésimo cigarrillo se confunde con una niebla cada vez más tupida, casi maciza. El frío no le ayuda a concentrarse, y mucho menos el soniquete incesante de los villancicos que, machaconamente y a través de la megafonía, insisten en hacernos creer que vivimos dentro de una Navidad cualquiera, de lo más normalita y anodina que se pueda recordar. Algo habrá, pues —insiste— sobre lo que escribir que sea medianamente satisfactorio. Y como ha desechado la idea de llenar la página en blanco de oraciones desiderativas que anhelan el AMOR (de nuevo en letras grandes), o de frases imperativas y yuxtapuestas más propias de

políticos, curas y otros charlatanes que nunca se aburren o cansan de serlo, se plantea que quizá el relato erótico (trufado de oraciones copulativas) sea una buena opción..., aunque la verdad, tampoco le apetece demasiado entregarse a un acto de onanismo literario que se le antoja tan desolador como innecesario.

Y es entonces, justo en el momento en que se dispone a cerrar la ventana tras apagar el cigarrillo en un tiesto vacío que, sobre el alféizar, apenas sirve para otra cosa que para recoger colillas o la humedad que reina en el ambiente, cuando ocurre lo inexplicable, lo casual..., ese golpe de buena suerte que de vez en cuando nos advierte que estar en el momento justo y en el lugar apropiado no es solo una frase relamida. Y aunque es verdad que tan solo los necios y los torpes creen que una sacudida del destino les resolverá los misterios de la existencia (incluso de la suya propia), hoy, esta mañana, el azar (por una vez) se pone de su parte.

Y eso ocurre. De repente, el silencio. El último villancico en bucle (*...hacia Belén va una burra, chin chin...*) da paso a unos brevísimos (¡pero tan acogedores!) segundos de tregua tan solo interrumpidos por el chasquido eléctrico que precede al pregón en el que se anuncia, entre otros, un concurso de relatos de navidad, o de invierno.

No hay vuelta atrás. Ya lo ha decidido, a partir de ahora solo escribirá para ganar concursos, para ganar dinero.

El reto no es moco de pavo navideño, pues no pretende convertirse de la noche a la mañana en un escritor de éxito..., eso ya llegará después. Así que comenzará con presentarse a este certamen a cuyas bases acaba de acceder a través de la página Web del ayuntamiento. El desafío que se propone tal vez le sirva como catalizador que, de nuevo, consiga que sus dedos vuelvan a revolotear sobre las teclas. Las ambiciones más prosaicas tienen eso, una meta accesible, real, fácil dentro de las posibilidades.

Que le den al amor. Que le den.

Aprovecha pues, este nuevo impulso a su incipiente y materialista carrera literaria para demorarse un poco visitando otras páginas de concursos a nivel nacional (e incluso internacional, porque ya puestos...). Grandes premios literarios con succulentas recompensas en metálico. El éxito al alcance de los dedos de su mano. Los mismos dedos que ahora acarician el teclado sabedoras de que tan solo es cuestión de, con quirúrgica paciencia, ordenar sutilmente el sustantivo adecuado con un verbo evocador..., para rematar la frase con el adjetivo preciso... y, tal vez, unos puntos suspensivos, aunque no demasiados, ni en el mismo párrafo... Todo ha de funcionar como la maquinaria de un reloj en nochevieja si no cunde el desánimo o la pereza porque no surjan ideas originales al principio, y habrá momentos, muchos, en que su cabeza transitará por otros paisajes menos evocadores y así, de esa forma, ni siquiera el placer de inventar se le permita. Todo será cuestión de practicar y practicar hasta que, por fin, las ganas de ponerse a escribir sean mayores que las de haber escrito algo. (Por cierto, ¿se otorgará a sí mismo el lujo de incluir y criticar a ediles, edilas, empresarios y otros próceres locales sin que trascienda o se insinúe la autoría de ese relato?).

Lee de nuevo las bases del campeonato local de cuentos con temática invernal o navideña. Un mínimo de cinco páginas escritas a ordenador o a mano (curioso eso de admitir manuscritos). No será fácil escribir tanto sin tropezar en la provocación que proporciona la melancolía de unas fiestas atípicas, sin grandes aspavientos ni felicitaciones y lejos de casa, la familia, los amigos. El premio: —hace cálculos mentales— unos treinta euros en especies por página... (más de cinco o seis folios puede resultar agotador para el escribiente y cansino para el lector). En fin, ya se sabe la veneración que se profesa en este consistorio al sanctasanctórum del puño prieto, aunque... bueno, no está tan mal como inversión y como experiencia. Da

para una paletilla medianera y, estirando, para una botella de buen vino con la que celebrar.

Y aunque se haya prometido que solo escribirá para ganar dinero, es consciente (y eso le consuela) de que también el pernil puede hacer clin clin cuando caiga en el estómago vacío. El otro consuelo, si es que hay tal cuando se trata de estrujar las meninges hasta rellenar tantas páginas en blanco, es que en las bases hayan olvidado especificar el tamaño o el tipo de letra y el interlineado..., ganas dan de escribir con una tipografía tan abultada y estrepitosa que dé para poco más que para felicitar las fiestas... Pero tal vez no haya sido un descuido, o un error. También ha de existir, casi seguro, un mínimo de bondad entre los organizadores de concursos literarios, y ante tan magro premio, pocas exigencias... Una *Times New Roman* del catorce, pues.

Otro cigarrillo en la ventana. Otra vez un villancico que atraviesa una niebla que, de tan espesa, no permite escuchar con nitidez (...*hacia Belén va otra burra, chin chin...*) ni deja ver las luces del árbol de la plaza. Pasa un grupo de vecinos por alguna calle cercana. Se escuchan sus risas apagadas tras la neblina y el velo aséptico de las mascarillas. Una Navidad que se precie, incluso esta, consiste en reír, hacer regalos, comer, beber y desear y desearse buena salud y mejores propósitos para el año venidero.

Y mientras se apagan las luces, las risas, los cigarrillos, pensaremos (no será difícil) que el próximo año será mejor que este y jugaremos a ser alquimistas de ilusiones propias y extrañas. Y mientras todo esto sucede al otro lado de la ventana, por fin decide sentarse frente a la pantalla de su ordenador... Ya sabe cómo comenzar su relato de navidad, o de invierno: *Una niebla espesa, como de cristal blindado, confiere un ambiente fantasmagórico al paisaje urbano que contempla a través de la ventana abierta. Los edificios, casi bocetos mal terminados de ellos mismos...*

*Pseudónimo: Ramona Lisa*